

Comentarios al libro *La Leyenda de la Mexicanidad*, de Mario Montemayor, editado por la Ibero León en 2025.

Sylvia I. Schmelkes Del Valle. Investigadora Honoraria del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias para el Desarrollo de la Educación.

Se trata de una lectura filosófica profunda del nacimiento de la escolaridad moderna en México. Entre sus muchos aportes, el más importante es justamente que la lectura es filosófica y no, como muchos escritos sobre el tema, histórica o educativa. Su principal tesis es en sí misma un aporte importante: la noción de la mexicanidad en la era postrevolucionaria es un invento de la élite intelectual de ese momento histórico, formada en el Ateneo de la Juventud del cual Vasconcelos, junto con Justo Sierra, Isidro Fabela, Alfonso Reyes, entre muchos otros, eran integrantes. Esta “identidad” nacional fabricada se transmite por la vía de la educación, que sufre un proceso importante de expansión a partir de la creación de la SEP en 1921. Las graves consecuencias de la imposición de esta noción de mexicanidad se describen en este libro. Un tercer aporte que resalto es la reflexión de lo que significa ser docente.

La visión filosófica de esta parte de la historia educativa de nuestro país es por demás original. Inspirado fundamentalmente en Kierkegaard, pero recurriendo también a Heidegger y a Hegel, Montemayor le da contenido a algunos de los elementos primarios que sostendrán su tesis. El libro inicia con consideraciones sobre el lenguaje. Describe, casi como un misterio, el hecho maravilloso que el ser humano lo haya desarrollado de manera plural y con posibilidades casi infinitas, como instrumento clave para nuestra humanidad, que es la relación con los otros. Continúa con reflexiones especialmente interesantes sobre el arte y su papel en la historia de la humanidad, como expresión simbólica de lo que somos, pero también de lo que resistimos y contra lo cual nos rebelamos, y por esa vía permite atisbar un futuro, ya sea inevitable o deseado. En tercer lugar, analiza la escuela como una especie de paréntesis de la vida cotidiana, separada de ella, que monopoliza la enseñanza legitimada. Al discurrir sobre el docente, el curriculum y los libros de texto, comparte su visión de la tensión entre lo dictado por el Estado, reflejado en el normalismo que forma a las y los docentes; en el curriculum -- típicamente homogéneo para todo el país --, y en los libros de texto, por un lado, y la necesaria construcción de la particularidad por parte del docente en un contexto específico y con estudiantes concretos, por el otro. Así, Mario describe al docente, a la docente, como tensionada, tensionado entre ser instrumento del Estado para forjar mexicanidad y ser sujeto con una historia propia que piensa y decide en su relación con sus estudiantes. Por último, en este preámbulo filosófico en el que glosa elementos centrales del desarrollo de su tesis, nos habla de la historia como el intento, necesariamente postizo, artificial, de hilvanar narrativamente los eventos del pasado

para situarnos en un presente a partir del cual se le habrá de dar continuidad. Y con esta base analiza la forma cómo se forjó, en la postrevolución, la historia del mestizaje, cómo se construyó la leyenda de la mexicanidad.

La parte central del libro es el periodo entre 1920 y 1924. A partir de una biografía de José Vasconcelos, relata cómo, primero desde la UNAM y después desde la recién creada Secretaría de Educación Pública, el primer Secretario de Educación del país postrevolucionario construye la educación moderna de México. Mario relata lo que puede ser considerado como el proyecto educativo más exitoso del siglo XX de México. José Vasconcelos asumió la tarea de reconstruir la nación a través de la educación. Buscó forjar la identidad nacional, una identidad homogénea que no admitía diversidad. Para él, la diversidad entorpecía la construcción de la nación. Para Vasconcelos, México era especial en el concierto de naciones debido a su rico pasado indígena amalgamado con el mundo español que nos conquistó y colonizó, lo que dio lugar a un intenso mestizaje. Con Vasconcelos nace la mestizofilia, su raza cósmica, este ideal del mexicano producto de ambas raíces. El mestizo se visualiza tanto como realidad como en tanto aspiración. El mestizo es el mexicano, homogéneo o a homogeneizar a través de la educación.

Montemayor nos relata cómo este proyecto se dio a través, primero, de la castellanización. La lengua indígena contradecía el ideal del mestizo, que tenía que hablar español. Las lenguas indígenas representaban un pasado ya indeseado, y debían ser desterradas a través de la educación. En ello influye también la enseñanza de esa historia armada para ser narrada como un continuum que había que prolongar. Y Vasconcelos echa mano también del arte, sobre todo del muralismo, para resaltar esta imagen de nuestra historia productora del mestizaje. Las misiones culturales, los maestros formados con esta idea – y con su mística de apostolado, de misioneros –, el curriculum y los libros de texto, se articulan para favorecer la asimilación de los indígenas a la “cultura mestiza”, al ideal de lo nacional. Montemayor nos explica como esta visión se plasma años después en el Museo de Antropología, que glorifica nuestro pasado indígena. Como señalan los indígenas: la educación ensalza al indio muerto, pero ignora al indio vivo.

Este proyecto fue tristemente muy exitoso. Los hablantes de lengua indígena descienden del 16.1% de la población en 1930 a 5.8% en 2020, y siguen descendiendo, porque la proporción de la población de 3 a 12 años respecto del total de la población es ya muy pequeña en el caso de algunos grupos indígenas, y desciende en todas ellas. Así, por ejemplo, entre los nahuas, el porcentaje de niñas y niños de 3 a 12 años en hogares indígenas es de 36.7, pero el de niñas y niños hablantes es apenas del 9.6%. El tseltal es una de las lenguas más vitales, pero incluso en este pueblo indígena, el porcentaje de niñas y niños de 3 a 12 años en hogares indígenas es de 55.9, pero el de hablantes es de 15.9. (INEGI, 2020). Todas nuestras lenguas están en proceso de extinción, y muchas ya desaparecieron. Este es el legado del proyecto educativo de Vasconcelos.

Con la lengua se pierde una parte sustantiva de la cultura. La lengua nombra lo que a la cultura significa. Cuando se pierde la lengua, se deja de nombrar lo que a la cultura significa, y lo que no se nombra no existe. Como decía León Portilla (1986), una lengua es una ventana al mundo. Cuando se pierde una lengua, se cierra esa ventana. Esa es la gran riqueza que perdimos, que perdemos, con la exaltación del mestizo.

Vasconcelos logró lo que se proponía. Por reiteramos que su proyecto fue, tristemente, el más exitoso del siglo XX, probablemente de toda América Latina.

Desde entonces han cambiado las cosas. En 1992 se cambia la constitución para reconocernos como un país pluricultural. La interculturalidad adquiere carta de ciudadanía en la educación nacional. A pesar de ello, y desgraciada e inexplicablemente, a los indígenas se les sigue ofreciendo una educación pobre, pocas veces en su lengua materna, con pocos o nulos elementos de su cultura y, lo que es más grave, sin su participación. Los resultados son los que todos conocemos: un sistema educativo desigual que perjudica a los indígenas e impone barreras para su desarrollo económico, social y educativo. El mensaje de Vasconcelos era: asimílate y te integrarás al desarrollo nacional. El mensaje actual, sin embargo, es quizás mucho más racista: Te ofrezco una educación bilingüe e intercultural, pero como no creo en tu capacidad de aprovecharla, lo que te ofrezco es poco y pobre.

La resistencia de algunos pueblos indígenas es lo que ha permitido que nuestro país siga siendo cultural y lingüísticamente diverso. Esto representa una gran riqueza, pero que los mexicanos no conocemos porque el racismo, imbuido de la mestizofilia como imaginario nacional, nos ha privado de acercarnos a él.

Montemayor cierra el libro con una reflexión filosófica, también inspirada en Kierkegaard, sobre el magisterio. En este apartado denso y complejo señala que como profesional de una profesión de Estado, como lo es el magisterio mexicano, lo que se espera de él es que sea el narrador de una visión de nuestra historia – transmitiendo el conocimiento objetivo, supuestamente el verdadero - y contribuir a la asimilación del diferente. En la normal fue instruido para “normalizar”, para repetir. Sin embargo, dice Montemayor, el docente, la maestra, son sujetos. Como tales, y al igual que sus estudiantes, siguiendo a Luis González y González, se identifican con su patria o con el lugar y los habitantes donde trabajan. La historia “objetiva” es algo que está fuera de su experiencia cotidiana. Es en la patria donde nace su identidad, desde ahí se construyen como sujetos. De ahí derivan su pasión, y sólo la pasión da lugar a la ética, a la responsabilidad y al compromiso, situada en un territorio. En cambio, de la repetición nace la resignación y la evasión porque no hay lugar para la creación y para el trazo de la propia historia. Denomina a los que asumen la “verdad” objetiva, *pensadores especulativos*, y a quienes cultivan el conocimiento subjetivo, *pensadores existentes*. Reflexiona sobre la importancia de la individualidad y de la interioridad que descubre el yo profundo en la formación de la persona. Es de ahí donde nace la vocación verdadera. Pero señala como eso, el *pathos*, no le interesa a la nación.

No obstante, lo subjetivo, la pasión, irrumpe a pesar de la objetivación en la vida de las aulas, en la interacción con sus estudiantes. Ahí el individuo se hace existente, se hace ético. Cuando ese es el caso, es posible desarrollar esto mismo en sus estudiantes. Cuando eso ocurre, se convierte en un agente de la comunidad.

En un último apartado del libro, Montemayor hila su discurso desde otra lógica, con otras palabras. Enfatiza la eficacia del proyecto de escolarización para la identidad nacional y en funcionamiento del Estado-nación, con sus efectos perniciosos. Y propone lo que llama “posibilidades en el porvenir”.

Entre ellas resalta el que el maestro, la maestra, sean pensadores subjetivos que ejerzan su profesión libremente, explorando modelos educativos que favorezcan la vocación personal y comunitaria. Termina sugiriendo explorar más a fondo las posibilidades de transformación de dos instituciones que él ve con potencial: el SNTE y las normales rurales.

Es un libro muy bien escrito. Es un ejercicio bienvenido en el campo educativo por su mirada filosófica, *kierkegaardiana*, para iluminar lo que pasó en unos años clave de nuestra historia reciente que tuvo enormes repercusiones sobre la educación y sobre la nación. Es además una profunda reflexión sobre lo que implica ser docente, y sobre cómo la profesión de Estado, con su exigencia de objetividad, limita su desarrollo como sujeto ético comprometido con el contexto al que sirve.

Celebro que la Ibero León haya decidido publicar este libro. Merece una amplia difusión y la apertura de espacios de discusión, ahí donde el propio autor sugiere incursionar (SNTE y Normales rurales), así como en muchos otros escenarios. Entre los estudiantes de educación, abre la perspectiva filosófica de este campo interdisciplinario que es la educación, y que tanta falta nos hace.

Referencias

González y González, L. (1968). *Pueblo en vilo*. Fondo de Cultura Económica.

INEGI (2020). *Censo Nacional de Población y Vivienda 2020*. INEGI.

León Portilla, M. (1986). *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*. UNAM